La última piedra
WILLIAM F. NOLAN

La última piedra

WILLIAM F. NOLAN



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Eran de Indianápolis. Recién casados. Dave *y desperezándose, flexionando los músculos, sintiendo el poder... la furia... un ansia repentina por* Alia Williamson, ambos de veintiocho años, ambos excitados por el viaje a la Costa Oeste. Ésta sería su última noche en Arizona. Mañana planeaban estar en Palm Springs. Para visitar a la hermana de Dave. Pero sólo uno de ellos llegaría a California. Dave, no Alice. *con el escalpelo brillando*

Alice moriría antes de medianoche, con la garganta cortada limpiamente. *brillando, alzado contra la luna*

-Espera a ver lo que hay aquí -le dijo Dave-. Va a ser fantástico. Estaban aparcando su viejo Camaro en Lake Havasu City, Arizona. Él no le había dicho dónde estaban. Era tarde. El parking era amplio y oscuro, y sólo había otros dos coches, uno de ellos un vehículo de servicio.

-¿Qué es este sitio? -Alice estaba cansada y hambrienta. *hambrienta*

-Ya lo averiguarás. En cuanto lo veas, no lo olvidarás nunca. Es lo que dicen.

-Sólo quiero comer -dijo ella-, la *hoja comiendo carne, bebiendo*

-Primero tendremos que echarle un vistazo, luego comeremos -dijo Dave, *saliendo del coche, caminando hacia la puerta,* sonriéndole, dándole un abrazo.

La alta puerta de hierro negro conducía a un perfecto pueblo Tudor sacado de un cuadro. Un trozo de la Vieja Inglaterra alzándose en el rudo desierto de Arizona. Un dragón alado los miró desde lo alto de la verja. -Qué feo -dijo Alice.

-Es histórico -le informó Dave-. El Dragón Heráldico oficial de la Ciudad de Londres.

-¿Así que es eso, una especie de réplica de Londres?

-Es mucho más. Demonios. Allí lo construyeron *alrededor,* para darle la atmósfera apropiada.

-No estoy de humor para atmósferas -dijo ella-. Llevamos todo el día conduciendo y no me apetece jugar. Quiero saber qué es lo que...

-¡Allí está! -la interrumpió Dave.

Los dos lo miraron. Diez mil toneladas de piedra. Más de novecientos pies de granito sobre las oscuras aguas del río Colorado. Alto, enorme y magnífico.

-¡Cristo! -murmuró Dave-. ¿No te deja aplastada? Imagínate... ¡directo de Inglaterra, del río Támesis, el auténtico Puente de Londres!

-Es sorprendente -admitió Alice. Sonrió y le besó en la mejilla-. Y me alegra que no me lo dijeras..., que me guardaras la sorpresa.

frío acero brillante

Recorrieron el camino de asfalto bajo el puente, mirando la gigantesca estructura de roca gris y negra.

-Cuando los ingleses lo derribaron, numeraron todas las piedras, para que nuestra gente supiera dónde iba cada una. Son miles. Como un rompecabezas. Tardaron tres años en construirlo de nuevo aquí, en California -hizo un gesto hacia ellos-. Todo esto era sólo desierto cuando empezaron. Después de terminar el puente, desviaron una parte del río Colorado para que pasara por debajo. Y construyeron el pueblo.

-¿Por qué lo derribaron los ingleses?

-Construyeron uno mejor. Pero no nos *regalaron* nada. El tipo que hizo que lo construyeran pagó casi dos millones y medio por él. Más los costes de transportar todas las piedras. Un ricachón llamado McCulloch. Creo que ya ha muerto.

muerto muerte muerto muerte muerto muerte

-Bien, ya lo hemos visto -dijo Alice-. Vamos a comer ahora. Venga, me muero de hambre.

-¿No quieres pasear por el puente? -Tal vez después de comer -dijo Alice.

entrando en el restaurante... esperará... ella es perfecta..., la garganta blanca, las venas azules pulsando bajo la barbilla..., el cuello largo y hermoso...

Cenaron en el Armas de la Ciudad de Londres del pueblo. Era tarde. Eran la última pareja que cenaba aquella noche. La última cena que sirvieron.

-Deberían haber venido antes, amigos -les dijo la camarera-. Ha habido mucha diversión hoy. Han puesto la última piedra. Ya saben, con la inauguración del puente y todo eso.

-Pensaba que lo habían inaugurado en 1971 -dijo Dave.

-Oh, lo hicieron. Pero faltaba esa piedra. Todo el mundo pensaba que se había perdido en el viaje. Pero la encontraron en Londres el mes pasado. Se había caído al agua criando estaban desmontando el puente. Hoy la han puesto en el sitio al que pertenecía -sonrió alegremente-. ¡Así que el Puente de Londres está ahora completo del todo!

Alice colocó su vaso vacío sobre el mantel.

-Toda esta charla sobre el puente está empezando a aburrirme -dijo -. Necesito otro trago.

-Ya has bebido suficiente -dijo Dave.

-¡Y una mierda! Camarera, tráiganos otra botella de vino. -Lo siento, pero estamos cerrando. No puedo...

-¡He dicho que traiga otra!

-Y ella ha contestado que están cerrando -replicó Dave-. Vámonos.

Pagaron la cuenta y se fueron. Las puertas se cerraron tras ellos.

El cartel del Armas de la Ciudad de Londres se balanceó mientras bajaban la escalera del restaurante.

hacia mí hacia mí

-Te sentirás mejor cuando regresemos al motel -dijo Dave.

-Me encuentro bien. Vamos a pasear por el Puente de Londres. Eso es lo que querías, ¿no?

-Ahora no, Alley. Podemos hacerlo mañana, antes de marcharnos. Vámonos al motel.

-Vete tú al maldito motel -dijo ella, tensa-. ¡Yo voy a pasear por el puñetero puente!

Él la miró.

- ¡Estás borracha! Ella se echó a reír.

-¿Y qué? ¿Es que los borrachos no pueden pasear por el puente?

-Vamos -Dave la cogió por el brazo-. Subamos al coche.

-Sube al coche tú -replicó ella, apartándose-. Voy a pasear por el maldito puente.

-De acuerdo -dijo Dave-. Luego puedes coger un taxi que te lleve al motel.

Y, con la cara ensombrecida por la ira, se apartó de ella y se dirigió al coche. Entró en él y se marchó.

sola para mí... sólo para mí

Alice Williamson caminó hacia el Puente de Londres a través de las sombras de los árboles y el oscuro lecho del río. Llegó al pie de los grandes peldaños de granito del puente y alzó la vista.

Vio a una alta figura de negro. Sombrero calado, capa oscura, botas.

Estaba mirando a la muerte.

Dio un paso atrás, se giró, dispuesta a correr..., pero la figura se movió, rápidamente, recorrió *mía ahora mía* los peldaños de granito con espeluznante velocidad.

Y el brillante escalpelo danzó bajo la luna.

Dos días después.

Muy tarde, con el bote vacío de turistas, Angie Shepherd se dirigía al embarcadero de su casa. Angie era la dueña del bote. Vivía junto al río, tenía allí toda su vida. Conocía sus corrientes, sus meandros, bajo la luna y el sol, lo conocía íntimamente. Thompson Bay..., Copper Canyon..., Cattail Cove..., Red Rock..., Black Meadow..., Topock Gorge. Conocía sus águilas, halcones y patos silvestres, sus tortugas y- " sus grandes búhos cornudos. Conocía el sonido de sus aguas en la calma y en la tormenta.

Su casa era un alto edificio de madera curtida que una vez había sido un almacén general. Vivía sola allí. Se ganaba el pan con el bote, llevando a ver paisajes pintorescos a los turistas por el río Colorado. Tenía veintiocho años. Nunca se había casado y no tenía ningún plan al respecto.

Angie atracó el bote, lo aseguró, entró en el alto edificio de madera al que llamaba la Casa del Río. Se dirigió a la cocina y cogió un poco de vino, pan y queso y salió al embarcadero. Era tarde; la noche estaba llena de los sonidos del río y el canto de los grillos.

Se sentó en el borde del muelle, metiendo las piernas en el agua fría. Mordisqueó el queso. Escuchó un ave nocturna gritando sobre el río. Algo chocó con su pie en el agua oscura. Algo pesado, empapado. Mecido por la lenta corriente de la noche.

Algo llamado Alice Williamson.

Dan Gregory no tenía ninguna pista del asesinato. El marido era un sospechoso lógico (la mayoría de los crímenes están conectados con la familia), pero Gregory sabía que Dave Williamson no era culpable. Uno desarrolla una especie de instinto sobre la gente, y sabía que Williamson no era un asesino de esposas. Para empezar, la pena del hombre era honda y genuina; parecía totalmente aplastado por el asesinato: se culpaba, amargamente, por haber dejado sola a Alice en el pueblo.

Gregory estaba recostado en la silla de su despacho, con un Marlboro sin encender en la boca (estaba intentando dejar de fumar). Williamson se encontraba frente a él, con aspecto roto y derrotado.

-Su esposa estaba ebria, tuvieron una discusión. Usted se hartó y se marchó. Le pasa a todo el mundo constantemente. No se culpe por esto. -Pero si me hubiera quedado allí cuando...

-Entonces probablemente estarían muertos los dos -dijo Gregory-. Vuelva al motel, tome esas píldoras que le ha dado el doctor y duerma un poco. Luego diríjase a Palm Springs. Nos pondremos en contacto con su hermana si llegamos a alguna conclusión.

Williamson se marchó de la oficina. Gregory habló a continuación con Angie Shepherd sobre su hallazgo del cuerpo. Ella estaba impresionada, pero colaboró.

-Nunca había visto un muerto antes -le dijo.

-¿Nunca ha estado en un funeral familiar?

-Claro. Un par de veces. Pero nunca llegué a acercarme a los ataúdes cuando estaban abiertos. No quería tener que ver a la gente que amaba... de esa forma -se encogió de hombros-. Supongo que en su profesión verá muchos muertos.

-La verdad es que no. Un agente de tráfico ve más en un mes que yo en diez años. No se dan muchos asesinatos en una ciudad de este tamaño.

-¿Eso es lo que lleva de jefe de policía aquí, diez años?

-No. Poco más de uno. Antes era teniente en Phoenix. Me trasladé -alzó una ceja-. ¿Cómo es que no sabe el tiempo que llevo siendo jefe si es de aquí?

-No me interesa la política, especialmente la de los pueblecitos. Lo siento -y sonrió.

Gregory era un hombre de cara cuadrada y unos treinta años. Tenía los ojos azul hielo, anulados por una cálida forma de sonreír. No se había casado nunca; la mayoría de las mujeres le aburrían. Pero Angie le gustaba. Y la atracción era mutua.

La muerte de Alice Williamson había lanzado una amistad.

En agosto, cuatro meses después del primer asesinato, hubo dos más. Ambas eran mujeres. Ambas aparecieron con la garganta cortada. Ambas fueron encontradas en las orillas del Colorado. Una en Pilot Rock, la otra cerca de Whipple Bay.

Dan Gregory no tenía ninguna razón para creer que los dos «asesinatos del río» del mes de agosto (como los había bautizado la prensa local) hubieran sido cometidos cerca del Puente de Londres. Le dijo a un periodista que el asesino podía ser un viajero que pasaba por la zona y asesinaba al azar. Los asesinatos carecían de móvil; las tres víctimas no tenían nada en común, sólo que eran mujeres. Tal vez el asesino, sugirió Gregory, era alguien que odiaba a las mujeres.

La prensa tenía tema para todos los días: «Loco anda suelto»... «Asesino de mujeres aterroriza la zona»... «El jefe de policía admite no tener ninguna pista sobre los asesinatos del río».

-¡Gilipollas! -murmuraba Gregory en voz baja después de leer las historias.

Primeros de septiembre. Una clase en el Instituto de Lake Havasu City. Inglés. Lyn Esterly terminaba una lección sobre *Luz de agosto,* de William Faulkner.

-... por tanto, Joe Christmas se convirtió en víctima de su propia personalidad retorcida. Creía de verdad que estaba maldito por el peso de la sangre, un hombre blanco marcado como negro por una sociedad

racista. Tienen que escribir un trabajo de cinco folios sobre sus conflictosinternos.

Después de la clase, Lyn telefoneó a su mejor amiga, Angie Shepherd, para ir a almorzar. Se habían conocido cuando Lyn estuvo a punto de ahogarse mientras nadaba cerca de Castle Rock. Angie le había salvado la vida.

-Hoy no vas a salir con el bote. Necesito hablar contigo.

-Claro, de acuerdo -accedió Angie-. Te veré en la ciudad. ¿Te parece bien Tom's?

-Tom's, perfecto.

Trader Tom's era un restaurante especializado en langostinos frescos, un negocio improbable en medio del desierto de Arizona. Angie, «la primitiva», adoraba los langostinos frescos que había conocido a través de Lyn, el «animal de ciudad», como se llamaban en broma la una a la otra.

Mientras comían langostinos a la parrilla y lenguado amandina, se relajaron en una discusión familiar.

-Nunca podré comprender cómo puedes vivir sola en el río -dijo Lyn-. Es espantosamente terrorífico, sobre todo con un asesino de mujeres suelto. ¿No tienes miedo?

-No. Tengo una pistola en casa, y sé cómo usarla.

-Yo estaría aterrorizada.

-Eso es porque eres víctima de tu propia imaginación -dijo Angie, hundiendo un gran langostino en la salsa cajun especial de la casa-. Tú y tu fascinación con los asesinatos.

-Hay mucha gente fanática del crimen -dijo Lyn-. En realidad, de eso es de lo que quería hablar contigo. De los asesinatos del río.

-¿Tienes una teoría al respecto? -Y muy descabellada.

-¿No lo son todas? -sonrió Angie, pelando otro langostino-. Te escucho.

-El primer asesinato, la señora Williamson, tuvo lugar el tres de abril.

-¿Y...?

-El segundo fue el siete de agosto, el tercero el veintiuno. Las tres fechas encajan perfectamente.

-¿Con qué?

-Con una serie de asesinatos, siete en total, cometidos en 1888 por Jack el Destripador. Los tres primeros que cometió fueron exactamente en las mismas fechas.

Angie se detuvo, con un langostino a medio camino de la boca.

-¡Guau! De acuerdo, dijiste que era descabellada.

-Y hay más. Sabemos que Alice Williamson fue atacada cerca del Puente de Londres..., que es el sitio donde el Destripador desapareció finalmente en 1888. Le habían atrapado allí, pero la niebla era tan espesa aquella noche que cuando lo cercaron por los dos extremos del puente, simplemente... desapareció. Y nunca se volvió a oír hablar de él. -¿Me estás diciendo que hay algún chiflado oculto cerca del Puente de Londres que está intentando duplicar los asesinatos del Destripador original? ¿Ésa es tu teoría?

-Ésa es.

-Pero ¿por qué *ahora?* ¿Qué es lo que lo impulsa?

-Estoy trabajando en ese ángulo. -La mirada de Lyn era intensa-. Te estoy diciendo todo esto por una razón de vital importancia. -Soy toda oídos.

-Te has hecho muy amiga del jefe Gregory. Te escuchará. Tienes que decirle que el cuarto asesinato tendrá lugar *hoy,* el ocho de septiembre, antes de medianoche.

-Pero yo...

-Tienes que advertirle que aposte refuerzos cerca del puente esta noche. Y que esté allí él también.

-¿Por tu teoría? -¡Claro! Por mi teoría. Angie negó lentamente con la cabeza.

-Dan pensará que me falta un tornillo. Es terriblemente realista. Se reirá de mí.

-¿Y no vale eso el salvar una vida? -los ojos de Lyn le quemaban-. En serio, Angie, si no convences a Gregory de que mi teoría tiene sentido, que estoy siguiendo una pista real, esta noche van a cortarle la garganta a otra mujer cerca del Puente de Londres.

Angie retiró su plato.

-Desde luego, sabes cómo echar a perder un almuerzo maravilloso. Esa misma tarde, en la Casa del Río, Angie trató de sacar sentido a la teoría de Lyn. El hecho de que los asesinatos coincidieran con las mismas fechas de un siglo antes era interesante y curioso, pero no lo suficiente para poner en marcha a un hombre de ideas fijas como Dan Gregory. Era una locura, pero era posible que Lyn hubiera descubierto algo. Al

menos, podía telefonear a Dan para cenar juntos en el pueblo. Podría contarle lo que había dicho Lyn... y así estaría en la zona, por si acaso sucedía algo.

Dan dijo que sí, que se reunirían en el Armas de la Ciudad de Londres. Cuando Angie partió para el pueblo esa noche, llevaba en el bolso una automática del 32 con cachas de marfil.

Por si acaso. Sólo por si acaso.

Dan se retrasaba. Había mencionado por teléfono que tenía una reunión con el Consejo Municipal, así que tal vez aquélla fuera la causa. El pueblo estaba tranquilo, casi sin turistas.

Angie esperó, sentada en un banco del parque cerca del restaurante, nerviosa a su pesar, pensando que *sola, dando la espalda a los árboles, densas sombras, vulnerable* tal vez debería esperar dentro, en el bar.

Una alta figura se le acercó. Por detrás.

Una mano de gruesos dedos se alargó hacia ella. Angie dio un respingo, los ojos abiertos, los dedos cerrados en torno a la automática que tenía dentro del bolso.

-No tenía intención de asustarte. Era Dan. Su sonrisa la hizo relajarse.

-He... estado un poco nerviosa todo el día.

-¿A santo de qué?

-De algo que me ha contado Lyn Esterly. -Le cogió por el brazo-. Te lo diré mientras cenamos.

la he perdido... no puedo con él - Y entraron.

-¿Qué te parece? -preguntó Angie.

Estaban tomando una copa después de la cena. Los reservados que tenían alrededor estaban vacíos y silenciosos.

-Creo que la imaginación de tu amiga se ha pasado un poco. Angie frunció el ceño.

-Sabía que dirías algo parecido.

Dan se inclinó hacia adelante y le cogió la mano.

-No creerás de veras que va a haber otro asesinato en esta zona esta misma noche sólo porque ella lo dice, ¿no?

-No, supongo que no lo creo. Y suponía que así era. Pero...

¡Allí! Caminando rápidamente por el Puente, mirando el agua, sola, una mujer joven sola..., la garganta desnuda, la piel desnuda y el cuello largo..., abierto para mí..., la hoja afilada afilada..., la suave garganta

Una sombra oscura deslizándose sobre el Puente, un rápido alcance, un gritito ahogado de horror, una súbita medialuna de brillante escarlata..., y el cuerpo cayendo..., cayendo a las profundas aguas del Colorado.

Dan Gregory, aunque escéptico, no era tonto. Ordenó que cerraran toda la zona del pueblo a los turistas y dio comienzo a una búsqueda exhaustiva.

Que tuvo sus frutos.

Encontraron un objeto en el Puente, atrapado en una abertura entre dos piedras bajo uno de tos arcos principales: un bisturí de cirujano salpicado de sangre fresca. Y con manchas negras en el mango y en la hoja.

Se confirmó que la sangre fresca encajaba con la de la última víctima. Las manchas oscuras demostraron ser sangre seca. Pero no encajaban con los grupos sanguíneos de las otras tres víctimas. Era sangre vieja. Muy vieja.

Las pruebas de laboratorio revelaron que las manchas de sangre llevaban en el escalpelo aproximadamente cien años.

Databan de 1888.

-¿Es usted Angela Shepherd?

Era un tranquilo domingo por la mañana. Angie reparaba una sección del bote que hacía aguas, y martilleando no había oído a la mujer acercarse. Soltó el martillo, se puso en pie y se echó hacia atrás el pelo.

-Sí, soy Angie Shepherd. ¿Y usted?

-Lenore Harper. Soy periodista.

-¿De qué periódico?

-Trabajo por libre. ¿Podríamos hablar?

-Angie señaló hacia la casa. Lenore era alta, espigada, con penetrantes ojos verdes.

-¿Quiere una Coca-Cola? -preguntó Angie-. Me temo que es todo lo que tengo. No esperaba compañía.

-No, gracias -respondió Lenore, sentándose en el sofá y sacando del bolso una libreta.

-Está escribiendo un artículo sobre los asesinatos del río, ¿no? Lenore asintió.

-Pero busco algo diferente. Por eso he venido a verla.

-¿Por qué a mí?

-Bueno... descubrió usted el primer cuerpo.

Angie se sentó en una silla frente al sofá, y se pasó una mano por el pelo.

-Yo no *descubrí* nada. Estaba allí cuando la corriente del río llevó el cuerpo al embarcadero. Eso es todo.

-¿Sintió usted miedo?

-Náuseas es una palabra más adecuada. No disfruto viendo a la gente con la garganta cortada.

-Claro. Comprendo, pero... Angie se levantó.

-Mire, la verdad es que no hay nada más que pueda decirle. Si quiere hechos, hable con el jefe Gregory en el departamento de policía.

-Estoy más interesada en ideas, emociones, en las reacciones personales ante esos asesinatos. Me gustaría conocer sus ideas. Sus teorías.

-Si quiere teorías, vaya a ver a Lyn Esterly. Tiene algunas ideas muy originales sobre el caso. Lyn es detective aficionada. Probablemente estará encantada de ayudarla.

-Parece una buena idea. ¿Dónde puedo encontrarla? -En el Instituto de Lake Havasu. Enseña inglés allí.

-Magnífico. -Lenore guardó su libreta y estrechó la mano de Angie-. Ha sido muy amable. Agradezco mucho que haya hablado conmigo.

-No hay de qué.

Angie miró los ojos verdes de Lenore Harper. «Hay algo en ella que me gusta -pensó-. Tal vez he hecho una nueva amistad. Bien...» -Buena suerte con su artículo -dijo.

La charla de Lenore con Lyn Esterly produjo pintorescos resultados. El periódico del día siguiente traía una «entrevista exclusiva» realizada por ella.

«¿Es el asesino del río otro Jack el Destripador?», preguntaban los titulares. Luego, debajo, un subtitular: «Maestra de Havasu se remonta un siglo siguiendo la pista de los asesinatos».

Según el artículo, si el asesino continuaba siguiendo la pauta del Destripador original, atacaría de nuevo el treinta de septiembre. Y no una, sino dos veces. La noche del 30 de septiembre de 1888, Jack el Destripador mató a dos mujeres en el distrito de Whitechapel, en Londres: las víctimas quinta y sexta. ¿Se repetirían aquellos horribles asesinatos en Lake Havasu?

El artículo terminaba con un gran signo de interrogación. Angie hablaba con Lyn por teléfono.

-Tal vez no he hecho bien al enviártela.

-¿Por qué? Me cayó bien. Me *escuchó* de verdad.

-No puedo quitarme de encima la sensación de que su artículo té convierte en... bueno, una especie de blanco.

-Lo dudo.

-El asesino lo sabe todo sobre ti. Hasta tu foto apareció en el periódico. Sabe que estás haciendo toda esta investigación especial, que se te ocurrió toda la idea de las imitaciones del Destripador...

-¿Y qué? No puedo capturarle. Eso queda para la policía. No va a molestarse conmigo. Sacar mi teoría a la luz era importante. Ahora que su loco juego ha quedado al descubierto, tal vez renuncie a continuar. Tal vez ya no lo encuentre divertido. Esos chalados son así. Angie, tal vez todo haya terminado.

-Entonces, ¿no estás enfadada conmigo por habértela enviado?

-¿Bromeas? Por una vez, alguien ha tomado en serio una de mis teorías y la ha publicado. Mi trabajo significa algo. Demonios, ahora soy una celebridad.

-Eso es lo que me preocupa.

Y terminaron la conversación.

La primera impresión de Angie sobre Lenore Harper fue correcta: las dos mujeres se hicieron amigas. Como periodista *free-lance,* Lenore había viajado por todo el mundo, mientras que Angie había pasado toda su vida en Arizona. Europa le parecía exótica e imposiblemente distante. Se sentía fascinada con las historias de los viajes que le contaba Lenore, y su infancia y primeros colegios en Londres.

La noche del 30 de septiembre, Lyn Esterly rehusó una invitación de Angie para pasar la noche en la Casa del Río.

-Estoy metida en algo nuevo, algo realmente excitante sobre este asunto del Destripador -le dijo Lyn-. Pero necesito investigar un poco más. Si lo que creo es cierto, un montón de gente se va a llevar una sorpresa.

-Dios -suspiró Angie-, ¡cómo te gusta hacerte la misteriosa!

-Culpable -admitió Lyn-. De todas formas, me siento mucho más segura trabajando en la biblioteca en medio de la ciudad que ahí fuera, en ese río desolado, contigo.

-Dan se está tomando en serio tus ideas -le dijo Angie-. Aún tiene cerrado el pueblo a los turistas..., y ha traído refuerzos esta noche por si tienes razón en la posibilidad de un doble asesinato.

-*Quiero* equivocarme, Angie, te lo juro por Dios. Tal vez ese tipo se haya asustado con toda la publicidad. Tal vez esta noche demuestre que..., pero para estar a salvo, si fuera tú, pasaría la noche en la ciudad..., ¡no ahí sola en ese maldito castillo encantado que tienes!

-De acuerdo. Iré al cine y me reuniré con Dan más tarde. Supongo que con el jefe de policía al lado estaré segura, ¿no?

-Absolutamente. Y puede que mañana te tenga preparada una gran sorpresa. Esto es como un *puzzle* que estoy ensamblando por fin. ¡Es excitante!

-¿Me llamarás por la mañana?

-Te lo prometo.

Y colgaron.

Diez de la noche. Lyn estaba trabajando sola en la sala de referencias de la primera planta de la biblioteca municipal. El edificio llevaba dos horas cerrado al público. Incluso el personal se había marchado. Pero, como profesora, Lyn tenía privilegios especiales. Y su propia llave.

Un pesado silencio nocturno. Sólo el sonido apagado de los libros, el débil rascado del bolígrafo, su leve respiración.

Cuando la puerta que daba al aparcamiento se abrió en la planta de abajo, Lyn no la oyó.

El Destripador corrió hacia arriba, una oscura sombra de araña en la escalera, y *ella está allí esperándome, el corazón bombeando sangre para la hoja,* alcanzó el primer piso, recorrió el silencioso pasillo hacia la sala de referencias, *bombeando escarlata,* abrió la puerta. *bombeando* Hacia ella. Detrás de ella. Sin ruido.

La cabeza de Lyn cayó violentamente hacia atrás. Muerte en sus ojos... y la hoja en su garganta. Un movimiento rápido y único.

Bombeando

Y tras éste, otro antes de medianoche.

Sherry, veintitrés años, estudiante graduada de Chicago en vacaciones. Se alojaba con una amiga. Salió en busca de un paquete de seis latas de Heineken, un cuarto de mantequilla desnatada, y una barra de Hershey.

Dejó el 7-Eleven con su bolsa llena de alimentos, caminó hacia el coche aparcado tras el edificio. Había alguien en el asiento trasero, pero Sherry no lo sabía.

Entró, buscó en su bolso la llave de contacto, y oyó un sonido deslizante a sus espaldas. Se giró, súbitamente sofocada por el pánico. Destripador.

Angie no asistió a los funerales de Lyn Esterly. Rehusó ver a Dan o a Lenore, canceló sus excursiones, llenó el bote de alimentos y se dirigió río arriba, viviendo como un animal herido. Dejó que el río la aliviara y reconfortara, sin hablar con nadie, introduciéndose en pequeñas calas y ensenadas...

Hasta que sus heridas empezaron a sanar. Hasta que ganó la suficiente fuerza emocional para regresar a Lake Havasu City.

Telefoneó a Dan.

-He vuelto.

-He estado intentando localizarte. Incluso mandé un helicóptero río arriba, pero supongo que no querías que te encontraran.

-Estaba bien.

-Lo sé, Angie. No estaba preocupado por ti. Especialmente desde que lo capturamos. Para eso quería localizarte, para darte la noticia. ¡hemos atrapado al bastardo!

-¿Al asesino del río?

-Sí. Se denomina «Sangriento Jack». Dice que es el fantasma del Destripador.

-Pero ¿cómo lo...?

-Lo localizamos merodeando cerca del Puente. Hace aproximadamente una semana. Estaba viviendo en una cabaña junto al río, cerca del Campamento Mesquite. Uno de mis hombres lo siguió. Entró y lo arrestó.

-¿Y admitió que era el asesino?

-¡Se enorgulleció de ello! Se moría de ganas por ver su foto en los periódicos.

-Dan..., ¿estás seguro de que es el hombre?

-Demonios, tenemos toneladas de evidencias. Encontramos varias armas en la cabaña, incluyendo cuchillos quirúrgicos. Tres escalpelos. Y tenía pegados a la pared los artículos de cada uno de los asesinatos. Había acuchillado las caras de todas las mujeres, sus fotos, quiero decir. Había cortes profundos en cada foto.

-Es... *repugnante* -dijo Angie.

-Y tenemos un testigo que dice que lo vio entrar en ese 7-Eleven la noche del doble asesinato..., donde mataron a la estudiante. Es el tipo. Un verdadero psicópata.

-¿Puedo verte esta noche? *Necesito* estar contigo, Dan.

-Yo también te necesito. Te veré en cuanto haya acabado en la oficina. Y otra cosa...

-¿Sí?

-Te he echado de menos.

Esa noche hicieron el amor a la luz de la luna, con el susurro satinado del río como erótico acompañamiento. Desnudos en la cama, uno al lado del otro, escucharon los grillos y se acariciaron gentilmente, como para asegurarse de que todo esto era real.

-Es horrible conocer a alguien por medio de un asesinato -dijo Angie, apretándose contra él, con los ojos brillantes en la oscuridad-. Pero me alegra haberte conocido. Pensé que nunca podría.

-¿El qué?

-Llegar a amar a alguien. Amar *de verdad.*

-Bien, me has encontrado -dijo él en voz baja-. Y yo te he encontrado a ti.

Ella se rió.

-Eres...

-Lo sé -sonrió él-. Gracias a ti. E hicieron otra vez el amor.

Y el Colorado rizó sus lánguidas aguas nocturnas. Desde la oscuridad, una alta figura los observaba. No había terminado todavía.

Pasó otro mes.

Con el asesino declarado en la cárcel, el Pueblo Inglés y el Puente fueron abiertos de nuevo a los turistas.

Angie no había visto a Lenore durante varias semanas y estaba ansiosa por contarle los planes de matrimonio que Dan y ella habían hecho. Quería que Lenore fuera su dama de honor en la ceremonia.

Se reunieron a celebrarlo en el Armas de la Ciudad de Londres en el Pueblo. Pero el ambiente era extraño.

Angie notó que las respuestas de Lenore eran breves, mudas. Comía despacio, picoteando el plato.

-No pareces muy excitada de ver que me caso -dijo Angie.

-Oh, pero lo estoy. De verdad. Y sé que he estado muy retraída. Lo siento.

-¿Qué pasa?

-Simplemente... no creo que haya acabado.

-¿De qué estás hablando?

-Del asunto del Destripador. De los asesinatos. Angie la miró.

-Pero si lo han capturado. Ahora está en la cárcel. Dan está convencido de que...

-No es él -dijo Lenore llana, suavemente-. Sé que ése no es.

-¡Estás loca! Toda la evidencia...

-Es circunstancial. Oh, estoy segura de que ese tipo cree que es el Destripador... pero ¿cuál es la prueba auténtica?: ¿muestras sanguíneas..., huellas dactilares..., las armas con las que cometió los asesinatos?

-¡No seas paranoica, Lenore! Yo también tenía algunas dudas al principio, pero Dan es un buen policía. Ha hecho su trabajo. El asesino está entre rejas.

Los ojos verdes de Lenore destellaron.

-Mira, te he pedido que te reunieras conmigo en el Pueblo esta noche por una razón... y no tiene nada que ver con tu boda -contuvo el aliento-. No quería enfrentarme con esto sola.

-¿Enfrentarte a qué?

-Al miedo. Hoy es nueve de noviembre.

-¿Y...?

-La fecha del séptimo asesinato del Destripador, en 1888. -Su tono era forzado-. Si el hombre que está en la cárcel es de verdad el Destripador, entonces no pasará nada esta noche. Pero... si no lo es...

-¡Dios mío, sí que estás asustada!

Y cogió la mano de Lenore, apretándola con fuerza.

-Claro que estoy asustada. Una de *nosotras* podría convertirse en la séptima víctima.

-Mira -dijo Angie-. Es lo que dicen a los pilotos después de un accidente. Tienes que superarlo o no volverás a volar. Bien, es hora de que vueles un poco esta noche.

-No te entiendo.

-No puedes permitir que te asuste algo que no es real. Y este miedo tuyo no lo es. Lenore. No va a haber ningún asesinato en el Pueblo esta noche. Y, para probarlo, voy a pasear contigo por ese maldito puente. Lenore se puso pálida.

-No..., no, eso es... No. No iré.

-Sí lo harás -asintió Angie. Pidió]a cuenta.

Lenore la miró aturdida.

Fuera, en la oscuridad de la noche, el Pueblo estaba una vez más vacío de turistas. Los últimos se habían marchado ya, y el parking estaba silencioso y desierto.

-Estamos locas al hacer esto -dijo Lenore. Tenía la boca tensa-. ¿Por qué tengo que hacerlo?

-Para demostrar que el miedo irracional puede ser enfrentado y derrotado. Ahora eres mi amiga..., mi mejor amiga, y no permitiré que caigas en lo irracional.

-De acuerdo, de acuerdo..., si accedo a caminar contigo por el puente, entonces, ¿podremos marcharnos de aquí?

-Sí.

Y empezaron a pasear.

acercándose al Puente... mía ahora, mía

-He estado leyendo los papeles de la investigación de Lyn -dijo Lenore-, y creo que sé cuál iba a ser su gran sorpresa.

-Dímelo.

-La mayoría de los estudiosos están de acuerdo ahora en la verdadera identidad del Destripador.

-Sí, un médico de Londres. Un cirujano. Jonathan Bascum.

-Bueno, pues Lyn Esterly no creía que fuera el Destripador. Y después de haber visto sus papeles, tampoco lo creo yo.

-Entonces, ¿quién era? -preguntó Angie.

-Jonathan tenía una hermana gemela, Jessica. Ayudaba a los pobres en aquella zona. Prácticamente la santificaron..., la llamaban el «Ángel de Whitechapel».

-He oído hablar de ella.

-¿Sabías que estaba tan dotada para la medicina como su hermano?... ¿Que Jonathan le dejaba usar sus libros médicos? Le enseñó. Jessica acabó siendo mejor cirujano que él. Y usaba sus conocimientos médicos en Whitechapel.

La estimulación de lo que estaba revelando a Angie parecía disminuir el miedo de Lenore. Su voz era más animada.

sigue moviéndose... acercándose

-Ningún doctor *licenciado* practicaba entre los pobres en aquella zona. No se ganaba dinero. Así que ella atendía a la gente. Todo ilegal, por supuesto. Y, al principio, parecía que era una especie de santa que trabajaba entre los desheredados. Hasta que su compulsión se apoderó de ella.

-¿Compulsión?

-De matar. Entre el tres de abril y el nueve de noviembre de 1888 mató a siete mujeres..., y aun, hasta la fecha, los historiadores sostienen que su hermano fue el responsable de los asesinatos.

Angie estaba sorprendida.

-¿Me estás diciendo que el Ángel de Whitechapel era verdaderamente Jack el Destripador?

-Ésa fue la conclusión de Lyn. Y, cuando se piensa, ¿por qué no? Eso explica por qué el Destripador parecía desvanecerse siempre después de un asesinato. ¿Por qué no lo vio nadie nunca salir de Whitechapel? Porque «él» era Jessica Bascum. Podía moverse libremente por toda la zona sin despertar sospechas. Nadie vio nunca la cara del Destripador..., nadie que viviera, quiero decir. Para despistar a la policía, les enviaba notas firmadas como «Jack». Fue a una mujer a quien cazaron en el Puente aquella noche de 1888.

Lenore parecía no darse cuenta de que se estaban aproximando al Puente. Éste se extendía sobre ellas, una masa oscura de piedra expectante.

más cerca

-Lyn había estado estudiando la historia de la familia Bascum -explicó Lenore-. Jessica dio a luz a una hija en 1888, el mismo año que desapareció en el Puente. La línea continuó a través de su nieta, nacida en 1015, y su bisnieta, que nació en 1940. La última de las Bascum nació en 1960.

-Lo que significa que ahora tendría unos veintiocho años -dijo Angie.

-Eso es -asintió Lenore-. Como tú. Tú tienes veintiocho años, Angie.

Los ojos de Angie brillaron. Dejó de andar. La línea de su mandíbula se tensó.

¡Perra!

-Supongamos que vino a este sitio -dijo Lenore-, al Puente de Londres. Donde su tatarabuela se esfumó hace un siglo. Y supongamos que, con el Puente terminado, con la colocación de la última piedra perdida en abril, el espíritu de Jessica entrara en el de su tataranieta. Supongamos que los seis asesinatos en la zona de Lake Havasu fueran cometidos por *ella...,* que era su destino cósmico cometerlos.

-¿Estás diciendo que crees que soy una Bascum? -preguntó Angie en voz baja.

Continuaron andando hacia el Puente.

-No creo nada. Tengo los hechos.

-¿Y cuáles son?

La voz de Angie era tensa.

-Lyn estaba a punto de resolver el caso del Destripador. Cuando localizó la historia de la familia Bascum en Inglaterra siguió la pista de algunos de sus descendientes hasta América. Lo sabía.

-¿Sabía qué, Lenore? -Sus ojos centellearon-. Crees que soy una Bascum -roncamente-. ¿Verdad?

-No. -Lenore sacudió la cabeza-. Sé que no lo eres. -Miró a Angie fijamente-. Porque lo soy yo.

Habían llegado a los peldaños que conducían a la parte principal del Puente. Llena de mudo horror, Angie contempló a Lenore retirar un panel de uno de los grandes bloques de granito y sacar el sombrero del Destripador, el abrigo y la capa. Y la maleta con los instrumentos médicos.

-Mi familia me legó esto. Era su maletín quirúrgico, el mismo que usaba en Whitechapel. Lo guardé... hasta abril, cuando colocaron la última piedra. -Sus ojos chispearon-. Cuando toqué la piedra sentí... El alma de Jessica fluyó en mi interior, se hizo parte de mí. Y supe lo que tenía que hacer.

Sacó un brillante escalpelo y lo blandió. La hoja brilló reflejando las luces de las farolas del puente. La sonrisa de Lenore era satánica.

- ¡Esto es para ti!
- El corazón de Angie martilleó; miraba a los ojos de la asesina como en trance. De repente se dio la vuelta y echó a correr.

Recorrió las calles solitarias llenas de sombras, bajo las antiguas farolas, pasando los edificios Tudor del viejo Londres.

Y el Destripador la siguió. Sin descanso. Confiado en su séptimo asesinato.

probará la hoja

Angie circundó la plaza principal, corrió entre los edificios para encontrar un estrecho callejón pobremente iluminado que la condujo a la parte trasera del Armas del Ciudad de Londres. Había un teléfono dentro. ¡Tenía que llamar a Dan!

Tras coger una piedra en el callejón, golpeó una ventana trasera, se encaramó a ella y empezó a correr por el oscuro interior, en busca del teléfono. Tenía que haber uno en alguna parte... en alguna parte...

El Destripador la siguió al interior.

¡El teléfono! Angie rebuscó en su bolso, donde encontró el dinero suelto para hacer la llamada. También encontró...

La automática del 32 con las cachas de nácar, el arma que había llevado durante meses y que había olvidado por completo en su pánico. Ahora podía contraatacar. Sabía usar una pistola.

Introdujo las monedas y marcó el número de la comisaría de Dan. El teléfono sonó..., sonó...

-Departamento de Policía de Lake Havasu...

-Dan... el jefe Gregory... ¡es una emergencia!

-Le pondré en contacto.

-¡De prisa!

Una pausa. El corazón de Angie martilleaba.

-Gregory al habla. ¿Quién...?

-¡Dan! -interrumpió ella-. Soy Angie. ¡El Destripador está aquí, intentando matarme!

-¿Dónde estás?

Un seco zumbido. La comunicación se cortó.

Un limpio movimiento del escalpelo había cortado el cable del teléfono.

muere ahora... es tiempo de morir Angie se volvió para encarar al asesino. Y disparó la automática.

Tan cerca, la bala del 32 alcanzó la carne de Lenore Bascum. La mujer retrocedió, cayendo sobre una rodilla al suelo de madera pulida del restaurante; la sangre manaba de la herida.

Angie corrió hacia la ventana rota, la atravesó y corrió rápidamente por el callejón hacia el parking. Su coche estaba allí.

Alcanzó el coche, sollozando para sí e introdujo la llave en la cerradura.

Una sombra flotó sobre el brillante cuerpo del coche. Dos manos manchadas de sangre se cerraron en torno a la garganta de Angie.

Los ojos del Destripador eran carbones de fuego verde que quemaban a Angie. Arañó los dedos engarfiados, lanzó el puño derecho contra la cara demente. Pero las manos mantuvieron la tenaza. La oscuridad barrió el cerebro de Angie; estaba empezando a desmayarse.

¡muere, perra! Estaba muriendo. ¿Oía una sirena? ¿Era real, o en su mente?

Una segunda sirena se unió a la primera. Llenando el aire nocturno. *sangrando... mi sangre... mal, todo mal...*

Una docena de coches de policía irrumpieron en el aparcamiento. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto húmedo.

¡Dan!

Las manos del Destripador soltaron la garganta de Angie. La alta figura se dio la vuelta y corrió hacia el Puente.

Estaba atrapada.

La policía cercaba por ambas partes la vasta estructura. Angie y Dan llegaron al puente.

-¿Cómo supiste dónde encontrarme?

-Por la alarma silenciosa. Sonó directamente en la comisaría. Se disparó cuando rompiste el cristal. Me figuré que era aquí donde estabas.

-Está herida -le dijo Angie-. Le disparé. Está muriendo.

El Destripador cayó de rodillas en medio del puente. Entonces, como un animal herido de muerte, se arrastró hasta el borde y se zambulló en el oscuro río.

Las luces iluminaron el agua, localizando el cuerpo. Se hundía, incapaz de permanecer a flote. La sangre brotaba de su boca abierta.

-¡Malditos seáis! -gritó-. ¡Malditos seáis todos!

Desapareció.

Las aguas se cerraron sobre su tumba.

Angie aferraba convulsivamente la automática. Notaba fría entre los dedos la empuñadura de nácar.

Fría.